

Hacia una nueva Teología del Trabajo y la Solidaridad. Desde la perspectiva de la Doctrina Social de la Iglesia Católica

Vittorino Girardi S., m.c.c.j.

RESUMEN:

Desde una antropología teológica social se reflexiona sobre el sentido del hombre y del trabajo humano. En esta perspectiva el hombre es un misterio en el que solo puede adentrarse teniendo en cuenta que es imagen y misterio de Dios. Parte de este misterio es su libertad, elemento indispensable para hacerse a sí mismo y continuar la creación y recreación del mundo. El autor concibe la Doctrina Social de la Iglesia como la aplicación del evangelio

* Obispo de Tilarán. Doctor en Teología por la Universidad Urbaniana de Roma, Italia. Secretario de la Conferencia Episcopal de Costa Rica. Conferencista internacional.

Rec. 14-11-2005. Aprob. 20-2-2006.

a la convivencia humana y analiza siete criterios orientadores para lograr una convivencia en la verdad, la justicia y la solidaridad. Concluye afirmando que sin solidaridad no hay crecimiento humano y no hay salvación.

PALABRAS CLAVE:

Visión antropológica, Hombre misterio de Dios, Hombre libertad y tragedia, Doctrina social, Derechos humanos, Solidaridad.

ABSTRACT

The sense of mankind and human work is analyzed from a social-theological anthropology. From this perspective, man is a mystery in which one can go into, keeping in mind that he is image and mystery of God. Part of this mystery is his freedom, an essential element to shape himself and to continue the creation and recreation of the world. The author conceives the Social Doctrine of the Church as the application of the gospel in human coexistence, and analyses seven guiding criteria aiming at coexistence in the truth, justice and solidarity. It concludes stating that without solidarity there is no human growth and there is no salvation.

KEY WORDS:

Anthropological vision. Man mystery of God. Man, freedom and tragedy. Social doctrine. Human rights. Solidarity.

INTRODUCCIÓN: UN ICONO

Podemos imaginar esta escena, amigos, digo imaginarla porque no sabemos si realmente aconteció. Es un joven que se escapa porque hay el reyezuelo de turno que lo persigue. Se llama David, se esconde en una cueva e intenta dormir, cansado ya por la huida,

pero se sobresalta, duerme hasta cierto punto, vuelve a descansar, ya nervioso sale de aquella cueva. Y en aquel silencio de Palestina, en un cielo lleno de estrellas, le brota el poeta que lleva dentro y exclama: "¡Dios mío que grande eres! ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? De gloria y honor lo coronaste. Poco inferior a un dios lo hiciste. ¡Dios mío que grande eres!"

Esto quisiera presentarlo como Icono. Y realmente cuando hablamos del trabajo, espontáneamente uno piensa en la grandeza del hombre, en la maravilla que es ser hombre, ser persona. ¡De qué es capaz el hombre! No creo que sea yo víctima de mi emotividad, si, y no sólo una vez, he tenido, la inspiración (no creo que haya sido tentación) de ponerme de rodillas frente a la maravilla que es ser hombre, ser persona, sobre todo cuando la contemplamos desde lo que Dios dice de él y desde la convicción de que él es su lugarteniente en el mundo. Entonces entrando ya en el tema, quisiéramos hacer un poco de teología. Y cuando digo teología, no la entiendo sólo como Ciencia en torno a Dios, una definición que no dice gran cosa; o una reflexión sobre la realidad, iluminada por la fe, como dice el Vaticano I (1870), (ratio fide illustrata). Quizá con-

viene simplemente conformarnos con lo siguiente: Teología es lo que los teólogos entienden por su trabajo de reflexión, de análisis y de presentación del contenido de la fe. Sin embargo, además de este modo de considerar la teología, esta noche yo quisiera presentarla, en su significado verbal, es decir, de cómo Dios ve y habla de la realidad. Se trata entonces de atrevernos a acercarnos al misterio de Dios para determinar como Él ve al hombre, y lo ve como "homo faber", "homo oeconomicus", "homo ludens"... es decir "hombre hacedor"; hombre económico, hombre que juega, hombre destinado a la muerte..., llamado a la Vida.

En el misterio del hombre, en su globalidad, conviene situar este fragmento (que ni tan fragmento es, ya que afecta a todas las otras dimensiones), que es precisamente el trabajo.

¿Cómo ve Dios al hombre? Se han escrito volúmenes para contestar esta pregunta. Yo me conformaría esta noche para darles, una vez más esa buena noticia, que yo mismo me la repito muchas veces, en mi apostolado, en mi trabajo, para mí mismo: (Gn. 1,26) "*Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*". Creo que la Escritura, ese conjunto de libros que llamamos

Biblia, no es más que un amplio comentario para desentrañar todo lo que puede significar esta buena noticia; el hombre, la persona, todo ser humano: esa niña que yo vi, hace poco, de diez y nueve años, con parálisis cerebral, ojos puros, dos ojos enormes, un cuerpecito pequeño, capaz sólo de llorar, eso es lo que sabe expresar; dentro de su mente no sé de qué sea capaz, es un misterio. Como dice S. Gregorio de Nacianzo: *“si el hombre ya no fuera misterio, no sería imagen de aquel que es misterio, Dios”*. El ladrón de la izquierda, como el ladrón de la derecha, son imagen y semejanza de Dios. Lo es de una manera única, Cristo como lo leemos en Colosenses 1, 15: *“imagen perfectísima del Padre”*. Uno no termina de saborear suficientemente esta buena noticia, “el hombre imagen y semejanza de Dios”. De ahí que todo cuanto digamos del hombre, también vale de algún modo de Dios: hablando del hombre hablamos de Dios y hablando de Dios, hablamos del hombre.

Me dirán que soy discípulo de Feuerbach quien declaró solemnemente: “El secreto de la teología es la antropología” Que lo haya dicho Feuerbach no significa que necesariamente esté equivocada la afirmación, antes lo había afirmado, una grande mística, Catalina

de Sena: *“¡OH, Dios mío, espejo mío, Dios mío! En tu divinidad quiero conocer mi humanidad, en mi humanidad quiero conocer tu divinidad”*.

En Cristo se une el doble misterio, el misterio de Dios: *“Felipe, quien me ve, ve al Padre”*, y el misterio del hombre. Como lo proclamamos en el Credo *“verdadero Dios, y verdadero hombre”*, perfecto Dios y perfecto hombre. Hay que tener fija la mira en Cristo Jesús, trabajador por cierto; laico trabajador en Nazaret, predicador durante tres breves años, hijo de carpintero. Dejémosnos conquistar por esta afirmación: Nuestro Dios, es el hijo del carpintero, un común trabajador.

Pareciera que Dios mismo se encarga o nos da la clave para que podamos entender qué puede significar *imagen y semejanza* o lo que decía Sta. Catalina de Sena *“en tu divinidad quiero conocer mi humanidad...”* y viceversa. Cuando dice la Escritura “los bendijo” conocemos el significado de esta palabra. Cuando Dios bendice, significa que asume aquello que bendice como propio, “los bendijo” y les dijo “sean fecundos, multiplíquense, *dominen la tierra*”. La expresión “dominio” en la Escritura no es el dominio despótico. La palabra hebrea, no significa “aquel que pone el pie y aplasta”, sino “aquel

que levanta el pie para entrar en su casa”, en esta “oikía” que Dios ha preparado para el hombre. El primer hacedor, el primer trabajador que descansa, según la Escritura, es Dios. Preparada la casa, (la “oikía”), el mundo, él crea al habitante que es el hombre, y éste entonces “levanta el pie y entra en su casa”. Eso pareciera que sugiere la palabra hebrea “kabós”. Dios le dice a Adán y a Eva “entren en su casa, custódiénla”. Ese “dominen” sugiere también otro misterio, que para mí es también tragedia: la propia libertad.

Sólo el hombre está llamado a dominar. Las otras cosas están al servicio del hombre, porque pareciera, según la Escritura, que Dios ha tomado fundamentalmente una única decisión: hacerlo todo en favor del hombre, aunque nada sin contar con él. Por eso apunto, *misterio de la libertad y tragedia a la vez*. Si por tragedia entendemos lo irreparable, lo incuestionable, lo ineludible, eso es mi libertad. Suelo decir a mis fieles, en Tilarán, a manera de catequesis: ¿en su vida quién puede más: usted o Dios? Inmediatamente contestan con una sonrisa: Dios. Les digo, fíjense que no. En definitiva Dios hace lo que usted decida. Pero al final de la vida, me contestan, Dios tiene la última palabra, castigándome. Lo sabemos, Dios no

castiga, es el hombre que decide su eternidad: como dice San Agustín “Aquel que te creó sin ti, no puede salvarte sin ti”, sin tu libertad.

Alguien habla de “condena a la libertad”, una expresión de paradoja para subrayar lo que llamé “misterio y tragedia”, si por tragedia entendemos exactamente, lo que en absoluto no cabe eliminar. A este respecto, al lado de la expresión de Génesis 1, 26 yo pondría Eclesiástico 15,14 cuando el Autor sagrado escribe: “Dios desde el comienzo ha creado al hombre”. Ahí no depende de nuestra libertad, no he escogido ser hombre pero escojo el tipo de hombre que voy a ser, en el tiempo y en la eternidad. Nos jugamos la eternidad, desde la perspectiva cristiana eso es tan fundamental y radical. Pero una vez que me acepto en el misterio de Dios, fruto de su amor, empieza el ejercicio de esa libertad que me va haciendo. En efecto confirma el Eclesiástico: “y lo ha dejado en mano de su libre albedrío” S. Tomás de Aquino afirma: “*liber, causa sui; libre es ser causa de sí mismo*”. De su parte Kierkegaard, comenta “*cuando tú escoges algo, te escoges a tí mismo*”. Lo digo de manera muy sencilla, escoger el alcohol es escogerse alcohólico; escoger el dinero significa (con demasiada frecuencia) hacerse ladrón. El hombre al esco-

ger cosas, se escoge a sí mismo, se hace a sí mismo "liber causa sui". También Marx de su parte lo repitió "y el hombre se hace sobre todo en el trabajo", se hace un científico, se hace un político... él se escoge, se hace. J. P. Sartre escogió esta frase tan lograda "el hombre se hace haciendo". Un ejemplo: Dios, creó desde el comienzo al hombre y lo dejó en mano de su libre albedrío. -Cuando me preguntan: ¿Monseñor, tiene usted problemas en Guanacaste?, les contesto, a decir verdad en Guanacaste hay un único problema: yo mismo. Yo soy el problema. Los demás, no dependen de mí. El problema para cada uno de nosotros, es uno mismo. Dice S. Agustín "gran problema me he hecho para mí mismo"; los demás son problemas en un sentido radicalmente distinto. El problema-misterio que soy yo, solo a mí me toca resolverlo; nadie me lo resuelve si no lo resuelvo yo, y tampoco Dios, porque Él respeta mi libertad. Y volvamos así a la afirmación: *Dios ha decidido hacerlo todo en favor del hombre, pero nada sin contar con él.*

Esta convicción lanza a la actividad, y entre las distintas actividades, hay una orientada a transformar el entorno y la llamamos *trabajo*. Aunque sea bastante difícil establecer dónde termina una acción que sólo me interesa a mí,

personalmente hacia adentro, por decirlo de alguna manera, y la acción orientada a transformar mi entorno. No es posible establecer neta la frontera entre una y otra actividad. Quizás de algún modo quepa distinguir al "homo faber", al hombre hacedor, al hombre lugarteniente de Dios en el mundo, al hombre trabajador, y al hombre hacedor ante todo de su propia fortuna, es decir de su propia suerte, o causa de sí mismo. Son niveles que necesariamente interactúan: haciendo y trabajando, transformando nuestro entorno, también "nos hacemos", nos vamos definiendo.

Dentro de esa expresión "imagen y semejanza", hay tantos valores, uno de ellos, no cabe duda, de los más bellos, ser "lugarteniente de Dios" o "co creador con Dios". Dios te ha dado un mundo para que continúes su creación. Así el trabajo que continúa la creación de Dios, la embellece, la hace más cósmica, en el sentido original de la palabra. Cosmos significa bello, igual que la palabra latina "mundus", significa lo mismo. En efecto, *mundo* se opone a *inmundo*, a sucio; la palabra latina "mundus", es la traducción perfecta de "cosmos" griego, que indica una obra de "cosmética", de embellecimiento. Lástima que poco a poco la palabra mundo ha pasado a

significar teológicamente todo lo opuesto. Para Pablo significa precisamente lo "sucio": *"no se ajusten a los principios de este mundo"*, les escribe a los corintios. Pero de suyo la palabra mundo significa bello, limpio, y la obra de Dios no podía ser de otro modo: *"Él vio que todo era bueno-bello"* (Gen 1, 38).

Sin embargo en la Escritura, el trabajo no siempre es visto en este aspecto tan positivo, de tanta semejanza con Dios. Repito estas dos expresiones: 1) *La Vocación al trabajo es como el sello de Dios creador; en alguien destinado a ser con Él co-creador.* 2) *El hombre es imagen de Dios en el ejercicio de su libertad, de su auténtica grandeza, llamado a embellecer este mundo que Dios le ha confiado, llevando así adelante la creación".*

En la Escritura no hallamos sólo esta visión tan positiva del trabajo sino que encontramos también la otra visión que aparece en Gn. 3, 17 - 19, cuando el trabajo ya no es algo que engrandece al hombre, sino algo que puede disminuirlo, que puede cansarlo, traumatizarlo, digamos la palabra aún más dura *esclavizarlo*. Me refiero a la afirmación: *"con el sudor de tu frente comerás el pan, con fatiga sacarás del suelo el alimento"*.

Por cierto la Iglesia en sus catequesis y sus enseñanzas con frecuencia ha insistido sobre este segundo aspecto. Y con consecuencias raras, sorprendentes. Un ejemplo: "el noble", "el rico", en cierta sociedad medieval equivalía a "holgazán", no hacía nada. Y la mujer incluso de familia culta, de suyo ni iba a clase, sólo era compañera del varón, porque ir a clase, aprender significaba cansarse, trabajar, y eso es propio de esclavo...

Convenía evidenciar esta perspectiva negativa del trabajo visto como "condena", y entonces en oposición al trabajo como "expansión" del propio ser humano. En este contexto, resulta obvio que la vida eterna sea considerada sobre todo como *descanso*.

Para los Padres de la Iglesia era así. Por ejemplo para S. Gregorio de Nacianzo es en la vida eterna hay "epectasis", que es actividad, crecimiento, es... amar (eudaimonía, diría Aristóteles) En verdad el cielo es descanso. Pero la palabra descanso te hace pensar un poco en el cementerio. No, el cielo no es un cementerio, es vida; tanto que hasta la expresión de S. Gregorio de Nacianzo indica "crecimiento", trato de la actividad. La concepción positiva del trabajo bien pre-

sente en los Padres de la Iglesia, fue marginada y, desafortunadamente, se introdujeron otras perspectivas y se terminó insistiendo en el trabajo como castigo, cansancio, fatiga, condena. Nosotros afirmamos que el trabajo, es ante todo, don, es grandeza, como exactamente la teología auténtica ha intentado ver siempre a pesar de sus aspectos colaterales. Debemos mantener la perspectiva bíblico-teológica, positiva, del hombre imagen y semejanza de Dios, sin olvidar sin embargo otro aspecto, de fatiga, de cansancio, de drama, de posibilidad de que el trabajo sea esclavizante. Sería ingenuo, negarlo. Más aun, el precepto del sábado, ha nacido no tanto porque Dios necesitara descanso, sino como justificación teológica de una ley que ya existía en defensa del pobre esclavo, del pobre obrero. ¡Que al menos descansara una vez en la semana! Entonces ya existía la praxis de carácter social en el pueblo de Israel y se quiso justificar desde un sentido teológico, cuando después de la creación reafirma que Dios descansa. Y Dios ni se cansa, ni descansa. Dios es amor, es actividad, es don, y el don siempre es don, nunca deja de serlo y se da en la creación, y en particular en su obra maestra que es el hombre.

Doctrina social de la iglesia

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) intenta ser la aplicación del Evangelio, que culmina la Revelación, a la convivencia humana, para ofrecerle criterios de discernimiento y criterios de acción. El Evangelio nos permite *ver y juzgar* el vivir social, para iluminar y orientar su actuar. La DSI es pues una parte de la teología moral. Es el compromiso para aplicar a la realidad de vivir social, los criterios evangélicos de cara a un discernimiento de cuanto se ve y se vive, para orientar una praxis humana, liberadora del hombre, por la acción del hombre mismo.

Dejando mis palabras y yendo al texto de Juan Pablo II: "Doctrina Social de la Iglesia es el conjunto de principios y criterios que, como fruto de la Revelación y de la experiencia histórica, se han ido elaborando para facilitar la formación de la conciencia cristiana". Abramos aquí un amplio paréntesis acerca de cómo debemos contemplar el misterio de la Iglesia. La Iglesia está intentando serlo cada vez más. La Iglesia que somos, sueña con ser *más* Iglesia, es decir, más en conformidad con el "sueño" de Cristo, con lo que Él quiso y pidió al Padre (cfr. Jn 17). Por lo tanto el católico cree

en su Iglesia como portadora de la verdad, pero también cree en algo que todavía no ha alcanzado. El cristiano es un “soñador” como lo ha sido Jesucristo cuando dice: “Padre que todos sean uno”, (¡Dios mío! nos estamos matando y Él sigue diciendo “que todos sean uno”). El católico realista acepta vivir en esa verdad de la cual la Iglesia es portadora, pero a la vez sabe que debe lanzarse al Reino que siempre está delante de la Iglesia. La Iglesia “comienzo del Reino” no se identifica con él y trabaja por el Reino. A este respecto ha sido Juan Pablo II, sobre todo, en la “Redemptoris Missio” quien con claridad ha afirmado que no hay que identificar la Iglesia con el Reino, sino que ella está al servicio del Reino. Este siempre está delante de ti. Estamos en camino, peregrinos, hacia una tierra que todavía no dominamos. Todos somos Moisés, que estamos viendo, entreviendo la tierra prometida, pero no hemos llegado allá y la historia nos juzgará. Muy severamente en ciertos puntos, pienso yo, muy severamente nos juzgará. Como nosotros juzgamos desde la Revelación a situaciones históricas que solamente recordarlas producen ampollas en nuestra alma cristiana-. Cerremos el paréntesis y continuemos con el texto del Papa: “...se han ido elaborando para faci-

litar la formación de la conciencia cristiana y la aplicación de la justicia en la convivencia humana. Estos principios y criterios son de muchos tipos, por ejemplo: el amor preferencial por los pobres con la finalidad de que alcancen un nivel de vida más digno; el cumplimiento de las obligaciones asumidas en contratos y convenios; la protección de los derechos fundamentales exigidos por la dignidad humana; el uso correcto de los bienes propios que redunde en beneficio individual y colectivo de acuerdo con el objetivo social que corresponde a la propiedad; el pago de los impuestos; el desempeño adecuado y honrado con espíritu de servicio de los cargos y funciones que se ejercen; la veracidad tanto en la palabra dada como en los procesos y juicios (Vemos como el abanico se abre en la aplicación de criterios evangélicos y lo que es la experiencia histórica) la realización del trabajo con competencia y dedicación; el respecto de libertad de las conciencias; la universalización de la educación y de la cultura; y la atención a los inválidos y a los desempleados (S.R.S. # 39).

Desde una perspectiva negativa se puede señalar, entre las violaciones de la justicia, la insuficiencia salarial para el sustento del trabajador y de su familia;

la apropiación injusta de los bienes ajenos; la discriminación en el trabajo; los atentados contra la dignidad de la mujer; la corrupción administrativa o empresarial; el afán exagerado de riqueza y de lucro; los planes urbanísticos que se concretan en viviendas que en la práctica llevan al control injusto de la natalidad debido a las presiones económicas; las campañas que violan la intimidad; la honra y el derecho a la información; la tecnología que degrada al ambiente, etc., etc.”

Principios fundamentales y criterios de orientación

¿Cuáles son los principios fundamentales y cuáles son los criterios de orientación de tal Doctrina Social de la Iglesia, teniendo en cuenta de manera especial y específica el mundo del trabajo?

He puesto aquí siete, por lo que espero no cansarlos.

Primer Criterio. Tan obvio para un cristiano: *“El hombre no puede reducirse sólo a su realidad material”*. Es decir el hombre no tiene como único horizonte este mundo; por cierto si así fuera, Dios mío, que tragedia ser hombre. Un día pregunté a un niño de siete años allá

en Guanacaste: ¿quién sufre más: tu papá o el animalito, el becerro que está en el potrero? Y me dice: “diay, papi”. Tan pequeño y ya sabe que su papá sufre más que los becerros que están en el potrero. No hay ningún animal que sufra tanto en la tierra como el ser humano. Precisamente por ser imagen y semejanza de Dios, no estamos a gusto en este mundo, nadie está a gusto en este mundo. Repito, no hay ningún animal que sufra tanto en la tierra como el ser humano, y no hay ningún animal que haga sufrir tanto a los animales de la misma especie como el ser humano. Pero menos mal que así es; eso significa que no estamos hechos solo para este mundo, que no somos solamente “homo faber”, “homo oeconomicus”; sino “homo religiosus”, un ente teologal, un ser hecho por Dios y para Dios, hambriento de luz. Un ejemplo: en mi tierra se siembran mucho los girasoles; me encanta ver el girasol que levanta su cabeza, hambriento de luz; así es el ser humano, no acaba de levantar cabeza, si no se enfrenta con el Absoluto. Enfrentarse es abrazarlo, es asumirlo sabiendo que Él primero te asume como suyo, como su imagen, como su lugar teniente, como niña de sus ojos, como hijo, como destinatario de su infinito amor. ¡No sé como se puede vivir sin esta dimensión!

Amigos ¿a dónde vamos? ¿Somos como ovejas llevadas al matadero, cuyo pastor es la muerte, como dice la Escritura, o vamos hacia la vida? No creo que haya problema más importante. O lo absurdo o el misterio de Dios. Entre las dos alternativas opto por lo segundo. Me dirán que porque tengo miedo. Den la justificación que quieran, amigos; pero si Dios no existe, haría falta inventarlo, crearlo. Para escaparme de esta tenaza, de esta amenaza constante de ser el animal que más sufre sobre este planeta. No vale la pena vivir, al menos que no haya Alguien que se haga responsable de la humanidad. ¡Bien sabemos que lo hay!

Como cristiano, es esta la única y definitiva gran bella noticia que puedo dar a quien sufre, a quien lucha, a quien triunfa. Lo que vemos y tocamos y sufrimos, no es lo definitivo; nos espera la VIDA. "El que posee a Cristo, posee la vida" (1Jn 25, 12).

Esta afirmación se une a la primera gran noticia con que empezamos nuestra conversación, somos "imagen y semejanza de Dios". El primer principio fundamental es este. Por eso la GS #19, dice precisamente: "La razón profunda de la dignidad del ser humano es el haber sido llamado a la intimidad con Dios".

Para mí, amigos créanlo, no tengo otro cuestionante más importante que esto: Dios. Porque, si existe, no puedo permitir que alguien lo ignore, pero si no existe no puedo permitir que alguien siga afirmando que existe. Lo demás son "problemitas" en comparación con este. Tengo 66 años y siento que todo se me va de la mano como el agua que no detengo, y quisiera saber si al final me queda algo o Alguien en esas manos que buscan la verdad, buscan un sentido en la vida. Es esto lo que la Iglesia pretende y siente que debe proclamar:

"rema mar adentro, ya que no vas a la deriva, vas hacia el corazón del Padre Dios". Eso es la gran noticia que complementa la primera. Esta es la base fundamental de lo que es Doctrina Social de la Iglesia.

Segundo Criterio. El hombre, fue creado por sí mismo, no como medio sino como fin. Preciosamente lo supo expresar Kant, afirmando que el hombre es el término de los fines en sí. El hombre que no puede estar supeditado a nada, ordenado a nada. Sólo Dios es su fin, lo absoluto. El nunca es medio, más bien Cristo, por amor, se ha hecho su camino: *"nadie va al Padre sino por mí"*. Se ha hecho su medio para que el hombre alcance la plenitud, a que él está llamado.

Sin embargo, este hombre en que Dios se deleita porque ve a sí mismo, como en su propio espejo (imagen y semejanza), el hombre amado por sí, no es bueno por sí. *“Nadie es bueno, sólo Dios es bueno”* (Mc. 10, 18).

El cristianismo es sabiamente realista, no hay ninguna religión que hable *tan mal* del hombre, pero no hay ninguna religión como la cristiana que hable *tan bien* del ser humano. Juan Pablo II lo llama “la bondad fundamental del ser humano”; la capacidad que tiene el hombre de superarse, de hacerse, desde una realidad en la que debe asumir su inclinación al egoísmo y a sus consecuencias. El perdón cristiano no nace de la naturaleza sin más, la solidaridad no brota espontánea, la fidelidad al matrimonio no se da sin fatiga, y prueba de ello es que inclusive muchos que se casan en la Iglesia, aquí en Costa Rica, terminan separándose.

El hombre nace no solamente necesitado de hacerse bueno, sino con inclinaciones que no son buenas. Me encuentro vendido al poder del pecado; afirmaba S. Pablo (Rom 7, 14). Basta examinar nuestro corazón para descubrir en él nuestras malas inclinaciones, nuestro “misterioso desorden” (cfr. GS 13).

No hay que sorprenderse de que los políticos no sean tan honestos, sorprendámonos si logran ser honestos; no se sorprendan de que alguien no le sea fiel a su esposa, sorprendámonos que alguien se fiel toda la vida a su esposa y viceversa; no se sorprendan de que un sacerdote sea un sinvergüenza, sorpréndanse que pueda vivir toda la vida en el celibato, eso es un don y un milagro. Soy cristiano y creo en Jesús que dijo: *“sin mi no pueden hacer nada”* y nada es nada (Jn 15, 5). Lo que mancha al hombre no es lo que entra dijo Jesús, sino lo que sale de él, y si sale, es que lo tenemos dentro (Mc 7, 20). Sin embargo al lado de este aspecto tan duro, tan poco simpático pero realista, hay que tener presente que seguimos siendo “imagen y semejanza de Dios”. Seguimos creyendo en la bondad fundamental del ser humano, por lo cual el hombre bien sabe distinguir lo que es bueno, lo que es malo. Debe tomar pues conciencia, que es reflejo de lo que piensa Dios, que es voz de Dios, como guía para esa travesía que es nuestra vida.

Tercer Criterio. El hombre no tiene precio. Este es a la vez criterio y consecuencia. Concretamente entre el dinero y el hombre hay que escoger al hombre pero sin dudar, sin cuestionarlo. Parece

tan fácil decirlo, pero en la práctica: no me estás trabajando bien, estás en maternidad, te despido; necesitamos petróleo, controlarlo todo, hagamos la guerra... Es tan fácil abaratar al hombre, reducirlo a precio a dinero y eso paradójicamente a través de esa maravilla, que es exactamente el trabajo.

Cuarto Criterio. Mediante el trabajo el hombre se compromete no sólo en favor suyo sino también en favor de los demás y con los demás. Cada uno colabora en el trabajo y en el bien de los otros. El hombre trabaja para cubrir sus necesidades y las de su familia, de la comunidad de la que forma parte, de la nación; en definitiva, de toda la humanidad. El trabajo nos sitúa en esa cadena que nos une a todos y así se inserta en una cadena de solidaridad que se extiende progresivamente.

Quinto Criterio. El hombre es el camino de la Doctrina Social de la Iglesia. Su única finalidad ha sido la atención y la responsabilidad hacia el ser humano, la persona que le ha sido confiada por Jesucristo. La Iglesia va hacia el hombre concreto que defiende y protege, defendiendo entonces y protegiendo sus derechos y todos ellos. Los derechos humanos están íntimamente vinculados, pues si no se respeta uno, no se respeta al hombre en su

totalidad. Al hombre hay que respetarlo integralmente, respetando sus derechos.

Solamente les recuerdo algunos Derechos humanos, los más fundamentales:

- *Derecho a la vida.* Desde su primer instante hasta su término final. Tengo el santo orgullo de pertenecer a una Iglesia, la católica, que hoy por hoy es la única en el mundo, (perdón: les reto a demostrarme lo contrario), que defiende al ser humano integralmente desde el primer momento de su existencia hasta su término final.
- Derechos de la familia como comunidad social básica. Sagrario de la vida misma. Célula fundamental y primaria de la sociedad.
- Derecho a la justicia en las relaciones laborales.
- Derecho a participar activa y responsablemente en la vida de la sociedad.
- Derecho a la libertad religiosa.
- Derecho al respeto de la identidad de cada pueblo, de su historia y cultura.
- Derecho a que se reconozca la igualdad fundamental de todo ser humano.

En síntesis: Se trata de construir un mundo donde toda persona humana, sin excepción de raza, religión o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, libre de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres (cfr. GS. # 29).

Séptimo Criterio. Es aquí en donde se inserta el tema valor de la solidaridad. Hay un hecho incuestionable, la interdependencia y ella debe convertirse en solidaridad. Está fundada en el principio de que los bienes de la creación están destinados a todos. -Como dijo Juan Pablo II en su viaje a México en 1979: "hay una hipoteca del bien común sobre la propiedad privada". Los bienes han de ser tuyos y míos, son de la humanidad. Y eso fundamenta la solidaridad, y los que la industria humana produce con la elaboración de las materias primas y con la aportación del trabajo, deben servir igualmente al bien de todos.

CONCLUYENDO

Se nos repite pues la pregunta de Dios a Caín ¿qué has hecho de tu hermano? La solidaridad nos ayuda a ver al otro: persona, pueblo, nación (pequeña o grande, no importa) no como un instrumento cualquiera de trabajo para

explotar a bajo precio su capacidad de producción, su resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un semejante nuestro, como una ayuda (Gn. 2, 18), para hacerlo partícipe como nosotros del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios. No hay hombres de primera y hombres de segunda. De aquí la importancia de despertar la conciencia religiosa de los hombres y de los pueblos. Una vez más el modelo es Cristo, solidario con la humanidad, en todo igual a nosotros excepto en el pecado, trabajador como todo ser humano, y que tan íntima y profundamente se solidariza con cada uno de nosotros, que considera hecho a Él mismo lo que hagamos al más pequeño, de los que Él mismo llama sus hermanos. "Estaba desnudo y me han vestido; hambriento y me han dado de comer; sediento, me han dado de beber; en la cárcel, me han visitado; enfermo me han visitado; peregrino me han acogido. Cuando lo hicieron con uno de estos más pequeños de mis hermanos, conmigo lo hicieron. ¡Vengan benditos de mi Padre!" (Mt 25, 40). *LA SALVACIÓN ES MISTERIO DE SOLIDARIDAD.*

BIBLIOGRAFÍA

Iribarren, Jesús y otros, 1976, *Ocho grandes mensajes*, Madrid: Biblioteca de autores cristianos.

Juan Pablo II, 1981, *Laborem exercens*, Roma: Ciudad del Vaticano.

Juan Pablo II, 1987, *Sollicitudo rei socialis*, Roma, Ciudad del Vaticano.

Juan Pablo II, 1988, *Christifideles Laici*, Roma, ciudad del Vaticano.

Juan Pablo II, 1991, *Centesimus annus*, Roma, Ciudad del Vaticano.

Juan Pablo II, 1998, *Fides y ratio*, Roma, Ciudad del Vaticano.